Año XX | TOTANA, Junio de 1932 | Núm. 234

El Mensajero de María Reina de los Corazones

LA VOZ DEL PONTIFICE

NUNCA ha sonado a destiempo la voz de los representantes de Dios dirigida al pueblo, para que sean rectificados los caminos de la maldad. Los Profetas de Israel, el Bautista, los Apóstoles de Cristo, cuantos en nombre del Señor han lanzado el ¡Alerta! avisando la proximidad del abismo, han tenido siempre una oportunidad y una eficacia asombrosas. La palabra de Dios es siempre eficaz y oportuna.

Así pensamos al leer la última sapientísima Encíclica del santo Pontífice reinante. No son ya los estadistas y políticos más o menos competentes y sagaces; es el Vicario de Cristo quien, con altísima visión de la realidad, colocado sobre las cumbres desde donde se atalayan los acontecimientos de la Historia y las verdaderas causas que los originan, ha precisado la situación exacta de la humanidad y establece y señala el único remedio que puede alejar el peligro, más que inminente, infalible. La voz del Vigía es aterradora como la de Jeremías llorando la perdición de Sión; voz de trueno como la que clama en el desierto exigiendo la penitencia y corrección de costumbres. Pero es también voz de Padre que convida a los hijos a una seria meditación para evitar una segura catástrofe.

La caridad de Cristo es el faro que en medio de la deshecha tormenta ilumina al Pontífice. Y los resplandores de esta luz le hacen descubrir horrores inenarrables, abismos de perversidad en los que rebullen tantos males, que «desde el diluvio hacia acá difícilmente nos encontramos con una calamidad espiritual y material tan profunda y universal como la que padecemos ahora». Estado caótico engendrado por «la codicia, raiz de todos los males»; fomentado por «el odio que a todos envuelve en la co-